

Mis compañeros salieron complacidos al extremo de los baños turcos; no así un español cejjunto y de alborotado cabello sobre la frente, que aseguraba haber pasado las penas del purgatorio, y que al sentirse en el cuarto caliente, echó á correr, desnudo como estaba, golpeando las puertas y pidiendo socorro por haber caido en el mismo infierno!

Separéme de mis compañeros, y como de costumbre, me metí al acaso en el primer wagon que atravesaba, sin cuidarme de la direccion que llevaba, y como lugar cómodo para ir haciendo mis apuntaciones. El *wagoncito* urbano la llevaba larga.

Quedamos gran trecho de tiempo, y casi á la salida de la ciudad, dos pasajeros que nos espiábamos sobre nuestros respectivos libros.

Uno de estos transeuntes no era pasajero, era pasajera; pero la hembra más excitadora del mundo para esto de la conversacion.

La señorita era francesa, ó por lo ménos sabia francés, á dar crédito al libro que llevaba abierto en las manos; este descubrimiento ya era algo para aquel á quien iba sabiendo la boca á medalla.

Yo veia, tosía . . . dejaba escapar una que otra palabra como hablando á solas . . . y recordaba los usos de la tierra . . . y me estaba fuerte . . . al fin, ella, dízque entregada á su lectura, alzó la voz . . . leía el "Viaje á Oriente" de Lamartine, con acento tan dulce y con tan apasionada modulacion, que yo, sin que al caso viniese, ni saber precisamente de lo que se trataba . . . me acerqué, como enajenado con la lectura, diciendo:—"¡Oh, señorita, eso es divino,

divino, Lamartine es mi poeta . . .!" Por supuesto que tales exclamaciones requerian cierto acortamiento de distancias . . .

Así se entabló la conversacion, primero desconfiada y curiosa, despues franca y cordial, haciendo la señorita la debida justicia á mis años, y dando esto soltura á nuestra naciente relacion.

En frente de la parte despoblada de la calle de Franklin, se detuvo, cambiamos nuestras tarjetas y me invitó para su tertulia en la calle de Washington; tertulia que se verificaba los miércoles y á la que asistia Mr. Lestalié, jóven comerciante á quien profeso particular cariño, que me habia presentado á la mejor sociedad francesa de San Francisco.

Como es de suponerse, acudí puntual á la cita.

El tabique de la sala de la tertulia Washington se habia corrido: en una de las secciones se charlaba, se tomaban refrescos, bizcochos y dulces: la otra seccion estaba consagrada á los artistas que ocupaban el piano, cantaban y hacian ostentacion de sus notables habilidades.

En el rol de los artistas unas jóvenes italianas, las Sritas. Rotanzi, deslumbradoras de gracia y sentimiento, rodearon el piano, reclamando su nombre la atencion universal.

Interrumpióse el cuchicheo delicioso de viajes, de modas, de amores y de bromas sabrosas, y las tres artistas preludiaron un canto en medio del silencio más profundo.

Si á mí me hubiera tocado en suerte bautizar á las tres señoritas, que sin pretenderlo se imponian á nuestra admiracion, á una hubiera llamado *Ensueño*, á la otra *Pasion é Inocencia* á la tercera.

*Ensueño* soltó sobre las teclas las deliciosas armonías



que estaban escondidas entre sus dedos, y dejó flotar en el éter invisible, la inspiracion divina que se anidaba en su mente.

Alentadas con aquel ensayo, piando primero, despues en torbellino de notas estusiastas, al último, en requiebro apasionado de desesperacion, de locura y gemidos, se seguian las voces como cuando á dos aves en el espacio separa el viento y luchan por reunirse, y ráfagas tempestuosas las dividen, hasta juntarse y guarecerse bajo una rama amiga, reprimiendo los sollozos para dar vuelo á las emociones del placer.

La concurrencia entera se agolpó al rededor de las artistas: yo veia reproducidos los grupos en los espejos, pareciendo cuadros allí fijados, ó más bien vistas fotográficas de otros países. Aquellos viejos de anchas y relucientes calvas y cabellos canos colgando sobre los hombros; aquellas jóvenes como estampas de un periódico de modas; el perro junto á la chimenea; el jarron con flores sobre la consola; el retrato de Napoleon I en su caballo blanco cruzando los Alpes, todo me parecia que eran recuerdos que animaban en aquel instante mi fantasía.

Redobles continuados de aplausos ardientes, acogieron las notas de aquel terceto en que la música fué el pretexto, la ejecucion un accesorio, y la vida y el drama de pasion estaba en las animadas fisonomías de aquellas celestiales hijas del Adriático.

El gozo dejó caer su lluvia de hojas de rosa y sus rayos de oro, y tomó la concurrencia el carácter más agradable del mundo.

Disputábanse las muchachas el piano y los cantos; ame-

ricanos, rusos, ingleses, hebráicos y de todo el mundo, encontraron intérprete.

Hay en México una cancion que tiene su fecha: no se conoce su autor, ni dos personas cantan los mismos versos. Es una cancioncilla que ni cruza dorados salones, ni se anida entre el populacho; vive como paloma consentida al calor de los corazones sensibles.

Esa cancion que me parece es de mi amigo el apasionado Antonio Plaza, la arrullamos, la escondemos, es una confidencia y una duda; se exhala caliente con un beso; muere como un sollozo entre los labios de quien canta.

La cancion evoca el recuerdo de la adorable clase media de mi patria; la polluela obstinada y heróica para el sacrificio, el galan rendido y esperando su ingreso al presupuesto para la realizacion de sus ensueños; lirio escondido para el escribiente de oficina; albor de luz risueña para el colegial que está al romper el huevo de la preparatoria y pretende volar á jurisprudencia ó medicina; desahogo del teniente, en las altas horas de la noche, que vela en su guardia, y éxtasis para el ranchero que va desde la hacienda á pasar el domingo en una ciudad de tierra adentro con su novia; esa cancion, cuyo nombre no recuerdo, pero dice en uno de sus versos, remendados como han querido los cantantes:

Pero mi amor aun al delirio excede;  
 Pero mi anhelo vence el cruel dolor;  
 Mi corazon sufrir ya más no puede:  
 Quiero morir, pero morir de amor,

ésa la cantó *Pasion* en su castellano peculiar, con tal ternura, con tan intenso sentimiento, que la cancion vino á mí como



una querida que se lanza á nuestro cuello y nos envuelve en ella é inunda con sus cabellos nuestro rostro, y esculpe su semblante sobre nuestro abrasado corazon.

México, sus guitarras, sus pollas, sus enamorados, su zócalo, sus noches de luna, todo vivía en aquella voz, y me requiebraba y me enloquecía. . . . “Quíteme vd. de aquí, le dije á mi compañero, porque de fijo cometo una barbaridad si sigue ese canto.”

La misma dificultad de la pronunciacion española; vamos! ¿para qué lo he de negar? me caía en gracia y me tenía trastornado el cerebro.

Yo quiere mucho mi morir damore.

Terminó la cancion: la Srita. Rotanzi recibió con suma amabilidad mis cumplimientos, y mi compañera de *wagon*, á quien llamaremos Clara, dijo: “La señorita dice, que quiere obtener de vd. un favor, M. Guillermo.

—Favor! ¿quién no lo recibe sirviendo á la señorita?

—Lo vamos á ver.

—La señorita canta una cancion italiana, cuyos versos ha olvidado; quiere que vd. improvise los versos: nosotros haremos coro.

A este anuncio, la concurrencia toda se puso en pié, *Pasion* ensayó las primeras notas y en un momento estuvo en corriente el coro.

Yo, sobre el piano, iba improvisando lo que *Pasion* cantaba.

Antes dijeron que me dieran el asunto de la cancion.

Clarita dijo: “Fígrese vd. la vista del mar, la playa, el

muelle; el buque que se ve, está pronto á partir. . . . un jóven se despide de su patria, y de su amor. . . .”

Mil aplausos celebraron el asunto de Clarita.

Comenzó la música. . . .

*Pasion*, inclinada, veía sobre mi hombro lo que yo iba escribiendo, y nacía en la voz de *Pasion*, viva en mi oído, la idea que acababa de depositar en el papel mi corazon.

El asunto, el compás acelerado y vehemente de los coros, la voz vibrante de *Pasion*, la luz, la animacion de las fisonomías, todo realizaba el cuadro y lo hacia interesante.

A medida que yo iba improvisando, tomaban parte todos en el coro y me estimulaban á continuar.

Yo no sé de dónde aparecieron funcionando una flauta y un violin, despues un piston que clamaba sus sonoras notas con acentos apasionados.

Yo, aunque hago esfuerzo, no puedo recordar lo que improvisaba; era el estallar de mis propios dolores; dejar su quejido á mis penas, guardando su revelacion en el misterio; eran alusiones á esos hondos infortunios que lloran dentro de nuestra alma y encuentran simpatías en todos los corazones.

¡Oh patria! ¡oh sagrado nombre! ¿quién te pronuncia indiferente cuando teme perderte?

Al último, viejos, mujeres, muchachos, todos cantábamos agolpados al piano y teníamos los ojos llenos de lágrimas.

Pues, señor, no puedo recordar ni una estrofa de los tales versos, y ahora que no los puedo recordar, creo que estaban bonitos; ¡qué diantre de cosa!

Miéntas nosotros componíamos y cantábamos, un viejo coronel italiano, de calva frente, frac con cinta en el ojal



del holgado redingote, y pierna de palo, había mandado por unas botellas de Champaña, y al terminar el canto, entre hurras y palmadas, estalló una salva de taponazos para resucitar á los muertos.

Por de contado, que yo era el amigo de todo el mundo, y vino aquello de los *Albums*, y los encargos de epitafios, y todo lo que ya saben los copleros que esto lean, que acaso sean pocos.

Clarita estaba ufana con su presentación, como con un gorrillo nuevo: me llenó de agasajos, me presentó á su novio, me dijo que le había hablado mucho de mí M. Lestallier, y que estaba cierta, cuando le hablé en el *wagon*, que yo era el viejo *Fidel*, siempre amigo de las muchachas alegres y de las buenas mozas.

Esto explica su fácil amabilidad con mi persona, en el encuentro del *wagon*.

Aquella familia y aquella Clarita me dieron días verdaderamente agradables.

En una de mis visitas á Clarita, la hallé á la entrada de la casa, frente al jardín, bajo el pórtico cubierto de enredaderas, blanqueando entre los huecos del cortinaje de yerba.

Vinieron á nosotros como aves parleras que buscan sus nidos, los recuerdos infantiles: me refirió Clarita sus días de pobreza, y cómo debió su fortuna á una tía que tenía en gran veneración, y de quien me contó la anécdota que van vdes. á saber:

“Como digo de mi tía, era una mujer de humilde nacimiento, robusta como un carretero irlandés y con un buen sentido que ya envidiarían más de cuatro gobernantes de naciones.

“La santa señora era viuda y solo me tenía á mí en el mundo; á mí que perdí á mis padres desde mi tierna infancia y quedé á sus expensas, porque ella era hermana de mi padre.

“Luchando á brazo partido con la miseria, se hundía su buque y ella sobrenadaba dejando media vida en la lucha.

“Algunos de los amigos más íntimos de mi tía, sumidos como ella en la desgracia, pensaron en alzar el vuelo, seducidos no sé por qué leyendas de ventura, y situarse en las inmediaciones de San Francisco California.

“Omito decir á vd. cuántos fueron los trabajos para disponer la partida, las despedidas y lágrimas de los viejos, el contento de los muchachos y lo romancesco que es lanzarse sin un cuarto á correr aventuras en tierras desconocidas.

“El terror á los peligros, la esperanza de la adquisición de una fortuna y una posición, los proyectos frustrados, las ilusiones deslumbradoras.

“Después de establecidos en Oakland, y no sé al cabo de cuántas fatigas, mi tía hacia sus pequeños acopios de carne salada, y se contrató en una línea de vapores para hacer su tráfico á la Baja California y Guaymas.

“Parece que la estoy viendo con su gran falla de lienzo blanco, los rizos de sus canas saliendo sobre sus sienes, su pañolón de madraz, su burdo vestido negro y sus chinelas de gruesas suelas, como un marino. Ella era sin embargo fresca, derecha y hermosa.

“Su honradez, su comedimiento, y su desembarazo para servir en cuanto se ofrecía, la hicieron muy querida, especialmente del capitán, joven americano, franco, alegre, valiente, liberal y comedido con las mujeres.



“Mi tía fué como la madre de aquella tripulación: ella veía al capitán como á su hijo, y acrecía su fortuna, al punto de que ya M<sup>me</sup>. Peplier conducía, no un barril de salazón, sino barriles, y se hallaba al frente de un tráfico respetable.

“Yo estaba, aunque niña, al frente de los trabajos de la casa.

“El capitalito de mi tía sería de unos 10,000 pesos: ella contratava los cerdos, compraba semillas, regañaba, escribía y navegaba como un Nelson.

“Cuando nuestra fortuna parecía más propicia, cátese vd. que se va poniendo una línea de vapores y establece la competencia á la línea de M. Prittson, protector de mi tía.

“Los vapores de nuestra línea eran hermosísimos y andadores; los de la competencia les igualaron: dispusieron los contrarios que hubiese á bordo de sus barcos soberbias músicas que atrajeran el concurso; las músicas que nosotros llamamos á bordo eran de más renombre: anunció entónces la Compañía competidora pasajes grátis; la nuestra prometió grátis el pasaje y la comida: entónces, grandes carteles llamaron á bailes suntuosos en los vapores de la Compañía enemiga; y parvadas de lindas muchachas poblaron las cubiertas de nuestros barcos.

“Fijóse, pues, la competencia en la celeridad, sin que en tres viajes consecutivos se pudiese sacar la ventaja una á otra línea.

“Tratábase de una guerra en forma, hacíanse cuantiosas apuestas, la gente de mar se dividió en bandos, y las tripulaciones de los buques, de mil amores habrían convertido en naval batalla, aquella porfiada competencia.

“Al partir los buques de los muelles y al llegar á su des-

tino, millares de espectadores agitaban sus pañuelos, alzaban en alto sus sombreros y saludaban con hurras y palmadas á los campeones marítimos.

“En uno de esos viajes, acaso el más empeñado, en medio de la travesía faltó carbon á la línea de M. Prittson, en que iba mi tía; la congoja fué inmensa, la desesperación tocaba á su colmo, la tripulación acarrea de sobre cubierta cuanto podía servir de combustible, y todo lo devoraba en instantes la llama, levantándose remolinos de humo en la agonía del fuego, que anunciaba vergüenza y derrota.

“Mi tía, con el valor de Juana de Arco, con una intrepidez digna de los tiempos fabulosos, se puso al frente de la desesperada situación.

“Mandó que se arrojase al fuego cuanto había en las bodegas, excitaba á los marinos, alentaba los ánimos caídos, predecía la victoria, anticipando su entusiasmo; pero faltaba el combustible: entónces, y sin esfuerzo, como por una inspiración salvadora, mandó atizar las calderas con su barrilaje de lardo; la llama, alimentada, revive; el vapor cobra demasiado empuje; la tripulación se alienta; el buque se reanima, y volando sobre las aguas, llega triunfal al puerto, con la valerosa matrona en la popa, que se había apoderado y revoleaba la bandera americana.

“La línea competidora no sobrevivió á su derrota; á mi tía le hicieron grandes obsequios: no obstante que en sus barriles de lardos cifraba su fortuna, rehusó que se los pagasen, diciendo que cuando la Compañía estuviese en fondos, repartiese el valor de sus barriles entre los bravos marinos que habían alcanzado aquella victoria.

“La prensa, con sus mil trompetas, publicó estos sucesos,



y del fondo del Kentucky vino un riquísimo banquero, hizo la corte á mi tia y se casó con ella, declarándola poseedora de una opulenta fortuna.

“De esa fortuna participé yo, y ve vd. que mis títulos de nobleza son tan buenos, como los de cualquier potentado europeo.”

Clarita fué de las personas más queridas para mí.

Al separarme esa noche de la tertulia, dejé escritos en su Album estos versos, que no puedo decir que improvisé, porque yo jamás hago otra cosa:

### A CLARA

¿Habrá una cosa más rara,  
Clara,  
Aunque no lo quieras creer?  
Cuanto más miro tu cara,  
La miro con más placer.

Es hermoso hallar el día  
En el limpio azul del cielo,  
Cuando sin un solo velo  
La aurora su luz envía . . . .  
Pero pasa esa alegría . . . .  
¿Y habrá una cosa más rara,  
Clara,  
Aunque no lo quieras creer?  
Mientras más miro tu cara,  
La miro con más placer.

Dios mismo quiso adunar  
En tu nacer, jóven bella,  
Lo apacible de la estrella  
A lo grandioso del mar.  
Podrá su encanto pasar ;  
Pero, ¿habrá cosa más rara,  
Clara,  
Aunque no lo quieras creer?  
Mientras más miro tu cara,  
La miro con más placer.

En ella brilla el contento,  
En ella el alma más pura,  
Sabe realzar la hermosura  
Con las gracias del talento . . . .  
Así es momento á momento,  
Porque, ¿habrá cosa más rara,  
Clara,  
Aunque no lo quieras creer?  
Mientras más miro tu cara,  
Mucho más la quiero ver.

Se tiembla de que haya un día  
Que nuble tus negros ojos  
Y provoque tus enojos  
Voluble, la suerte impía.  
Yo niego tal tiranía,  
Porque, ¿habrá cosa más rara,  
Clara,  
Aunque no lo quieras creer?  
Mientras más miro tu cara,  
Mucho más la quiero ver.



Es un festin de hermosura  
 Ese mirar y ese cuello,  
 Y esas ondas de cabello  
 Contraste de tu blancura.  
 El mirarlo da ventura ;  
 Por eso no es cosa rara,  
 Clara,  
 Aunque no lo quieras creer,  
 Que mirándote la cara,  
 Mucho más la quiero ver.

Voy á partir, y te dejo,  
 No mis recuerdos de amores,  
 Sí de mi patria unas flores  
 Para adorno de tu espejo.  
 Porque, por más que estoy viejo,  
 Es una cosa muy rara,  
 Clara :  
 Aunque no lo quieras creer,  
 Siento haber visto tu cara,  
 Porque no la vuelvo á ver.

Alta California, Marzo 29 de 1877.

GUILLERMO PRIETO.

## XXV

Colegio de Corredores.—Ojeada retrospectiva.—Las costas  
 del Pacífico.

“AUNQUE vdes. lo pidan con memorial; aunque me cueste un ojo de la cara desarrugar el ceño de vdes., ni por una de estas nueve cosas pongo números en mis viajes. Será interesante, será lo que se quiera. ¿Tienen por ahí sus mercedes algo de crónica escandalosa? ¿un cuento de hadas? ¿un romance de amor? cualquiera de esos cachivaches me conviene más que las bolsas y los *Stokes*, y todo ese arsenal de guarismos que barrunto traen vdes. entre pecho y espalda.”

Tal y tan enérgico lenguaje emplee con unos amigos que vinieron nada ménos que á seducirme para que llenase algunas páginas con estados de importacion y exportacion, y cálculos sobre la melaza y el café, la lana y los cueros de res.